





LA SAGA DE LOS
ROMANOV





Jean des Cars

LA SAGA DE LOS
ROMANOV

LA PODEROSA DINASTÍA
DE ZARES DE LA RUSIA IMPERIAL

des Cars, Jean

La saga de los Romanov. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.

400 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Silvia Kot

ISBN 978-950-02-0853-6

1. Investigación Histórica. I. Kot, Silvia, trad.

CDD 907.2

La saga de los Romanov

Título original: *La saga des Romanov. De Pierre le Grand à Nicolas II*

Autor: Jean des Cars

© Editions Plon, 2008

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: julio de 2015

ISBN 978-950-02-0853-6

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en julio de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo. En busca del pasado perdido	13
1. Esperando a Pedro el Grande	31
2. El zar Pedro I despierta a Rusia	51
3. Catalina I o la transición forzada	85
4. Pedro II o la revancha de Moscú	93
5. Ana, la zarina de los bufones y de los enanos	99
6. Isabel Petrovna, la Venus autócrata	111
7. Pedro III, la pesadilla de Catalina	127
8. Catalina la Grande	137
9. Pablo I, el hijo humillado	159
10. Alejandro I, la esfinge del Norte	183
11. Nicolás I, el zar de hierro	219
12. Alejandro II, el reformador condenado	253
13. Alejandro III, el coloso de la paz	279
14. Nicolás II, el zar burgués	295
15. Los rehenes	339
16. La memoria recobrada o los últimos viajes de los Romanov	375



A Hélène Carrère d'Encausse



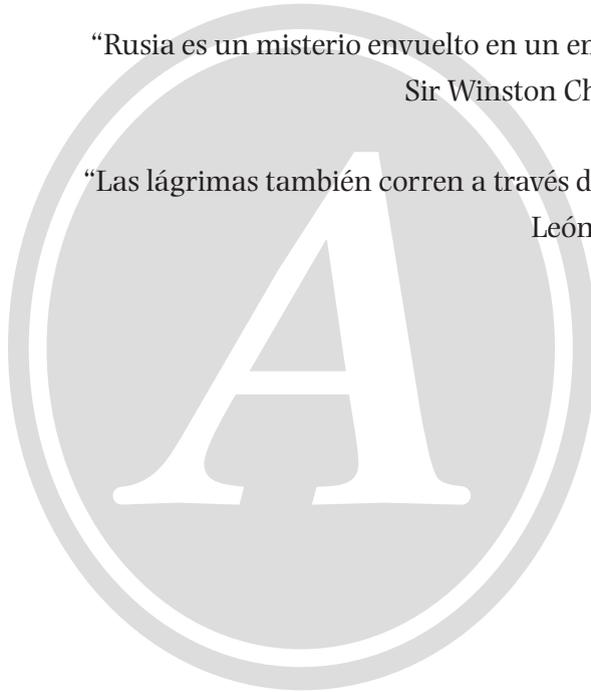


“Rusia es un misterio envuelto en un enigma”.

Sir Winston Churchill

“Las lágrimas también corren a través del oro”.

León Tolstoi





Prólogo

En busca del pasado perdido

El 2 de marzo de 2008, en su elección presidencial, Rusia vivió horas decisivas. La sucesión de Vladímir Putin –que, por medio de un sorprendente pase mágico, logró seguir ejerciendo el poder convirtiéndose en el primer ministro del país que antes había presidido– resultó un dato fundamental del futuro del mundo. Recordemos que el mismo Vladímir Putin había sido ya primer ministro en la época de Boris Yeltsin y lo sucedió como presidente el 26 de marzo de 2000, con el 52,52% de los votos. Al final de su segundo mandato, Vladímir Putin fue reelecto, en marzo de 2004, con el 71,22% de los votos. Sin sufrir el desgaste del poder, su popularidad experimentó un formidable aumento. No importaba que el tercer presidente de la Rusia no soviética hubiera sido elegido para aplicar el plan Putin. Lo importante era la visión política. Lejos de las polémicas agresivas, de las caricaturas mediáticas y de los presuntos buenos consejos repetidos por los pontificadores de siempre, debían admitirse diversas realidades. Había una nueva Rusia, y le debía mucho a la antigua. En primer lugar, el expansionismo soviético había desaparecido junto con la Cortina de Hierro. Putin no era ni Molotov ni Brezhnev, ni tampoco el fantasma de Stalin. No nos equivoquemos de época ni de enemigo. Un diplomático lúcido, y sagaz observador de esta metamorfosis, Dominique Souchet, deplorando la histeria y los preconceptos de algunas personalidades francesas que afirman que Putin es el diablo disfrazado de autócrata,

escribió: “Habría que compararlo más bien con Alejandro III. La Rusia de 2007 no es un ‘sistema neosoviético’. Recuerda más bien a la Francia de 1815”. La comparación es pertinente. Dicho de otro modo, es un país que está en total reconstrucción, pero a una velocidad que ya no tiene nada que ver con la antigua pesadez de la burocracia soviética ni con su voluntarismo de propaganda.

Pasó casi un siglo desde la revolución bolchevique de 1917 y el asesinato del último zar, de su familia y de sus allegados en 1918, y algo más de veinte años desde la caída de la Unión Soviética. Esta historia apasionante, brutal, fascinante e increíble, es la del país más grande del mundo desde el punto de vista geográfico que, en pocos años, recuperó su lugar de Estado esencial. Hubo un tiempo, no tan lejano, el de la guerra fría y el muro de Berlín, en el que la Unión Soviética era uno de los “gigantes” que, según las opiniones, tranquilizaba o preocupaba. Pero pesaba en nuestra vida cotidiana. El derrumbe soviético fue un caos que Alexander Solzhenitsyn calificó como “tercer tiempo de los disturbios”, después de los del final del siglo XVI y los de 1917. ¿Se tomó conciencia del trauma sufrido por los soviéticos que volvían a ser rusos? ¡Después de setenta años, el Kremlin, un poco incómodo, les anunció que habían sido víctimas de muchos “errores”! Errores que habían causado millones de muertos, incluso mucho después del final del nacionalsocialismo hitleriano. ¿Qué se veía? Una serie de desastres tan increíbles como lamentables. Un ejército humillado que les vendía a los turistas sus uniformes y sus medallas en la calle; una implacable caída demográfica, ya que varias generaciones intermedias habían sido segadas o condenadas; una mafia vestida de negro que manejaba una gigantesca economía subterránea, incluyendo la fabricación y la puesta en circulación de cien millones de billetes falsos de cien dólares para completar la desestabilización de un

país a la deriva; los recursos saqueados por *novarichs* (nuevos ricos) u *oligarcas*, multimillonarios que se apoderaban de las energías naturales y se negaban a pagar impuestos; unas quince repúblicas independientes, huérfanas, en Asia central; el estallido de una miseria de otros tiempos y, símbolo de todos esos males, un Estado diluido, despreciado, inexistente, sin un kopek... Hasta el famoso ballet del Teatro Bolshói de Moscú, que había servido de referencia para la imagen de la cultura soviética desde la década del veinte, languidecía en producciones polvorientas, estáticas e indignas de su prestigio, que hacían sonreír a los visitantes extranjeros. ¿Qué se había hecho del ejemplo del rigor simbolizado por el emblema de la hoz y el martillo y de la estrella roja?

Después de la *glásnost* y la *perestroika* de Mijaíl Gorbachov, síndico de la quiebra de un sistema establecido desde hacía tres cuartos de siglo, Boris Yeltsin fue el saqueador que aprovechó la declinación: la mafia empezó a reinar en el Kremlin. Esa fue la caótica primera Rusia oficialmente no comunista, en cierto modo neutra, pero especuladora. Y tambaleante, como su presidente Boris Yeltsin, con el rostro enrojecido por el vodka, incapaz de bajar de un avión en ocasión de una cumbre con su homólogo estadounidense, y que bailó pesadamente sobre un podio, como un oso torpe, un improbable rock and roll... Por pudor, se habló de “una presidencia de crisis”...

Fue una transición que se consideró, un poco a la ligera, como algo patético y fugaz. Se equivocaban: esa etapa puso hábilmente en órbita a Vladímir Putin, un ex teniente coronel de la KGB que trabajaba en Dresde, un *apparatchik* muy inteligente, que hablaba un excelente alemán, un hombre de San Petersburgo que había conocido Leningrado. Al llegar a la cima del poder, el presidente Putin emprendió un trabajo de titán, a la escala de su país, para que volviera a existir el Estado ruso. Y para devolverle la confianza a una

población desorientada, recelosa, traicionada. Lo logró. Puede hablarse de una verdadera restauración, incluso de una reconstrucción de la autoridad pública. Y apoyada tanto por el pueblo como por las élites. El 2 de diciembre de 2007, el partido de Vladímir Putin, Rusia Unida, obtuvo el 64% de los sufragios. Inmediatamente, la prensa, sobre todo la francesa, decidió que ese resultado, en esa fecha, no podía ser más que un golpe de Estado. Evidentemente, esto era falso. Putin tenía de su lado a la juventud y a las fuerzas activas. Hasta el comité de las bonitas candidatas al título de Miss Rusia votó por él. Era casi venerado, pero después de todo, esa clase de exaltación pertenece a la tradición rusa desde hace siglos...

Y cuando, en diciembre de 2007, la revista norteamericana *Time*, en todas sus ediciones, le otorgó a Vladímir Putin el envidiado título de “Hombre del año”, el rostro enigmático del laureado, que recordaba a un dignatario del antiguo Egipto, se difundió por todas partes. ¡Una coronación!

Lo que debemos preguntarnos es cuáles son las razones de semejante presencia.

Después de mostrar una insolente salud económica y devolver incluso, en forma anticipada, un préstamo del FMI, Rusia, convertida en un socio, un negociador y un comprador, sufrió en 2014, como otros países, ciertas dificultades: una crisis del rublo vinculada, especialmente, a la caída del precio del petróleo, se introdujo en el contencioso ucraniano. Los Estados Unidos, que no siempre entendieron la verdad geopolítica de estas regiones ni el peso de la historia (Crimea se volvió rusa por voluntad de Catalina II), hicieron todo lo posible por debilitar a Vladímir Putin. Prefirieron mantener a distancia al presidente de la Federación de Rusia. Por otra parte, si Rusia es rechazada por la Europa que tanto ama y de la que a menudo se siente próxima, recurrirá

principalmente a Asia, y Europa será la primera víctima de esta decisión. Por último, es comprensible que Rusia se sorprenda de que el arsenal de la OTAN siempre apunte contra ella, cuando el equivalente soviético, el Pacto de Varsovia, fue disuelto tras el final de la Unión Soviética. Los estrategas de Washington parecen pensar en una nueva “guerra fría”... A estas turbulencias diplomático-financieras exteriores, se agregan los ajustes de cuentas internos, sobre todo con ciertos oligarcas, que suelen desafiar al Estado ruso. El asesinato de la periodista Anna Politóvskaya, el 7 de octubre de 2006, no fue aclarado en años, sumergido en una investigación perezosa: el juicio a tres hombres acusados de participar en ese drama comenzó recién dos años más tarde, ante el principal tribunal militar de Moscú. Esta clase de hechos provocan miedo, y es comprensible. Pero ¿se habrá olvidado el terror de las purgas estalinistas del final de los años treinta? ¿Se olvidó la ceguera de los intelectuales seducidos por Lenin, que los llamaba “idiotas útiles”, y luego por Stalin? ¿Alguien recuerda que, antes de viajar a Moscú, André Gide escribió en su diario íntimo que estaba dispuesto a dar la vida por la Unión Soviética? ¿Y que el indomable Bernard Shaw tenía un gran interés en ser recibido por Stalin? Este lo recibió, en efecto, el 29 de julio 1931, en audiencia privada. El famoso dramaturgo irlandés, crítico permanente de la alta sociedad británica, quedó deslumbrado ante un Stalin que mataba de hambre a Ucrania, convertía a los hombres en esclavos en el gulag y admiraba las locomotoras que llevaban su nombre... A Bernard Shaw le pareció pertinente decirle al amo del Kremlin que podría ser “el hijo natural de un cardenal aristócrata”, ¡seguramente porque Stalin había sido, durante poco tiempo, seminarista en Georgia! Aclaremos que, en retribución, Stalin decía que Bernard Shaw era “un pesado”... ¿Hace falta recordar

a los artistas que viajaron a la Unión Soviética en los años sesenta para elogiar el paraíso soviético? Esos grandes nombres del espectáculo, convertidos en agentes de lo que aún no se llamaba la desinformación, solo veían lo que querían ver. Ciegos voluntarios y propagandistas. De Budapest en 1956 al Afganistán de los años ochenta, pasando por Praga en 1968, la libertad se alzaba contra la dictadura comunista.

Sin duda, hoy, la disparidad de los ingresos y los modos de vida resulta chocante. Sin embargo, ha surgido una clase media. Rusia no se reduce a Moscú y San Petersburgo, pero estas dos ciudades están irreconocibles, aunque solo fuera por sus embotellamientos de autos nuevos, la profusión de carteles luminosos de publicidad, sus tiendas elegantes y sus supermercados en zonas antes deshabitadas. Todo parece allí increíble, exagerado, surrealista. Antes, las tiendas tenían poco o nada para vender. Hoy, sus artículos son muy caros, solo accesibles para una pequeña franja muy notoria de hombres que usan relojes de oro o magníficas mujeres que nadan en la opulencia y el lujo, que ya son verdaderos concedores de los productos de calidad. De modo que, actualmente, una gran parte de los rusos sigue sin poder hacer compras, por falta de medios... En Rusia, la miseria alcanza a una población estimada en treinta millones de personas, que viven por debajo de la línea de pobreza y cuyos recursos son carcomidos por una inflación de más del 8% (a fines de 2007), después de algunas desastrosas quiebras bancarias que destruyeron un ahorro trabajosamente reunido y minaron la confianza. Antes de 1980, nadie era pobre porque nadie tenía nada, salvo la *nomenklatura*, que vivía muy bien a costa de un pueblo admirable, pero sojuzgado por la más perniciosa de las ideologías del siglo xx. Y como me decía uno de mis contactos: “Nosotros fingíamos que trabajábamos, ya que el sistema fingía

que nos pagaba...”. Pero de todos modos, sin duda hubo fantásticos progresos en pocos años. Sobre todo si recordamos el inmovilismo y el determinismo teórico que acompañaron los últimos años del régimen soviético, un régimen acorralado que ya no garantizaba el mantenimiento de sus submarinos nucleares, no tenía combustible para sus aviones civiles, que se encontraban averiados en el aeropuerto de Irkutsk y vendía su oro en el mercado de Londres. Rusia estaba moribunda.

Gigantismo y contracción. Grandeza y vergüenza. Su decadencia recordaba, en una versión más veloz, la del Imperio otomano. Hoy, existen notables diplomáticos rusos, campeones de la amenaza de la fuerza y las sutilezas de las componendas. La política exterior del Kremlin puede parecerles brutal a las democracias aletargadas por la confortable y blanda perspectiva europea, que se ha vestido con los harapos de los nacionalismos. Moscú defiende sus intereses. Esto se entiende cuando se analiza un mapa, que se transforma en una lección de geopolítica. Y podemos recordar, en el lenguaje del cardenal de Retz, ese conspirador de la Fronda que terminó realizando misiones diplomáticas para Luis XIV, que “los Estados no tienen amigos: solo tienen intereses”. Otra prueba de que Rusia salió de su coma ideológico: está preparando una nueva marina. “No existe un Imperio sin una marina”, aseguraba Pedro el Grande.

Estas pocas observaciones se refieren a la parte más visible del regreso de una Rusia activa. Pero como este libro es un relato histórico a la luz de la actualidad, se propone hablar de lo que es tal vez menos espectacular pero mucho más emocionante y, sin duda, más integrador. Después de la recuperación del orgullo político y económico, este libro tiene como objetivo hablar del orgullo histórico. Este también volvió a ponerse de moda, y es una suerte.

Después del despertar del Estado, se produjo el despertar, más sorprendente, de la madre patria.

A los dos mandatos del presidente Putin hay que reconocerles una inusual valentía: la que consiste en mirar la historia de frente. En bloque. Lo bueno y lo malo. Lo admirable y lo sórdido. Lo generoso y lo criminal. Los “blancos” y los “rojos”. Los rusos y los soviéticos... Para no repetir la impostura que consistía en imaginar que Rusia nació en 1917, como algunos persisten en sostener que Francia vio la luz en 1789. Contrariamente a lo que durante demasiado tiempo se profesó en Francia, las autoridades rusas saben que la historia es un todo y no se divide en supuestas partes buenas (la gloria, el brillo) y supuestos desechos (la derrota, el horror, la mentira). Aceptar el conjunto no es fácil, pero es sano. Y ejemplar. Cada época tuvo sus triunfos y sus fracasos. Y sus horrores.

Este libro, *La saga de los Romanov*, se refiere a la dinastía que reinó sobre el Imperio ruso durante tres siglos, de 1613 a 1917. Esta investigación, apoyada por muchos viajes a Rusia, toma en cuenta descubrimientos y estudios recientes, a veces ricos en cuestionamientos o, al contrario, en revisiones, y a veces, incluso en rehabilitaciones. Hay que comprender en qué ambiente se relata y se explica ahora esta historia de la antigua Rusia. Un politólogo, Fiódor Lukiánov, jefe de redacción de la revista *Russia in Global Affairs*, decía hace poco: “Rusia no logra enfrentar su pasado. Es demasiado pronto, demasiado pasional”. Esta reflexión puede llamar la atención, pero es evidente que el país no termina de hurgar en su memoria y registrar su pasado. No sin paradojas ni sorpresas desagradables, en todo caso... Una notable guía de turismo que me acompaña desde hace años en mis periplos rusos, me dijo, con un humor resignado: “¡Con lo que sabemos y vivimos ahora, nuestra historia cambia permanentemente!”. Ya lo dijo George

Orwell: “Nada es más imprevisible que el pasado”. En efecto, una coexistencia impensable solo veinte años atrás –y que parece bastante tranquila a pesar de algunas convulsiones– pone frente a frente testimonios antinómicos y homenajes que durante mucho tiempo fueron incompatibles. La Rusia presidida por Vladímir Putin ya no duda en mezclar en un mismo fervor los recuerdos de la Rusia anterior a la Revolución y los de la Unión Soviética. Desde el año 2000, se han reformado varias veces los manuales de historia del siglo xx, lo que demuestra hasta qué punto una versión oficial es el reflejo de la época a la que estaba asignada. Para hacer una gran limpieza de las mentiras, el presidente ruso subrayó, en la primavera de 2007, que los manuales actualizados, destinados a los profesores y a los estudiantes, debían “hacer que los jóvenes se enorgullecieran de su país”.

Pues se trata del orgullo nacional. Todo un país parte en busca de su pasado perdido. Cualquiera haya sido. Y este es el sorprendente espectáculo de la Rusia actual: una lección medida pero argumentada en la que el país de hoy no se avergüenza del país de ayer. El propio Lenin había anunciado, al firmar los decretos de nacionalizaciones después de tomar el Palacio de Invierno para proteger el patrimonio de todo vandalismo (al revés de lo que pasó en Francia con su Revolución): “Hay que respetar el pasado. Respeto no es admiración”. En esta acción espectacular, se tomó en cuenta el deber de memoria. Se revisaron oficialmente los buenos tiempos –fueron pocos– y las tragedias –a repetición–, sin ocultamientos ni selecciones sospechosas, con la idea de mostrar que ninguna época tuvo el monopolio del horror ni de los triunfos. Se dirigieron a todos los rusos: no se quiso enfrentar a unos con otros, contraponiendo una nostalgia con arrepentimientos o rencores.

El manual titulado *Historia contemporánea de Rusia (1945-2006)* responde a la voluntad presidencial de “dejar de imponerles a los rusos un sentimiento de culpa”.

En 2008, el Ministerio de Educación ruso convalidó su contenido, redactado por tres historiadores apreciados en el Kremlin. En él se leía, por ejemplo, que Stalin “fue uno de los dirigentes más eficaces de la Unión Soviética”. Eficaz, por supuesto, en el horror, los procesos simulados, la deportación, la asfixia económica. También que las siniestras purgas habrían permitido que surgiera “una nueva capa administrativa adaptada a los objetivos de modernización del país”. ¡Ya sabemos a qué precio! Y esto, que es indiscutible: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas constituyó “un punto de referencia para millones de personas en todo el mundo”. Incluso había servido como ejemplo a diversos países, por ejemplo, a Cuba. Con los resultados que todos conocemos... ¿Se trataba de una revisión pro estalinista? No exactamente. Más bien de la presentación de la mayor cantidad posible de elementos para “ayudar al alumno a elaborar su propia concepción del mundo”.

En más de diez mil kilómetros de este a oeste, desde el Neva que atraviesa San Petersburgo hasta Siberia, las estatuas de Lenin llevando al pueblo hacia el progreso y la felicidad aún son muchas, y a veces están en una situación extraña. Tomemos el caso de la que se encuentra en la estación Finlandia, en San Petersburgo, que simboliza el regreso del exiliado a la ciudad entonces llamada Petrogrado, el 16 de abril de 1917. Hoy es un testimonio de los choques históricos y de algunas actualizaciones radicales.

Desde septiembre de 1991, el fantasma de bronce de Lenin se alza en una ciudad que ya no lleva su nombre. Tras un referéndum municipal, el 55% de los votantes resolvió que Leningrado debía ser San Petersburgo: el tercer cambio de nombre de la ciudad

en doscientos ochenta y ocho años, incluyendo a Petrogrado de 1914 a 1924. “Se ha borrado el insulto”, me aseguró un defensor de la Rusia imperial que, sin embargo, no la había conocido. Pero para los sobrevivientes de la heroica resistencia del asedio más despiadado de la historia (¡duró novecientos días!), borrar el nombre de una ciudad que había tenido en jaque a los alemanes en la Segunda Guerra Mundial fue un ofensa. La ciudad había sido declarada “héroe de la Unión Soviética”, y aún exhibía sus gloriosas estrellas rojo y oro en las paredes de la municipalidad. Esa valentía nunca debía ocultarse.

En 2007, se registraron muchos ejemplos de las oscilaciones de la memoria. Casi se necesitaría una brújula para descubrirlas. En marzo, una organización procomunista organizó un desfile en Moscú con enormes retratos de Lenin. En junio, Alexander Solzhenitsyn –el legendario autor de *El archipiélago Gulag*, adversario emblemático del comunismo– fue condecorado por Vladímir Putin. El escritor condenado por Stalin a ocho años de gulag en 1945, que había regresado a Rusia tras un largo exilio en 1994, se parecía a Dostoievski. La misma larga barba, el mismo rostro alargado y consumido, la misma mirada de quien regresa del infierno helado y del presidio siberiano descritos en *Recuerdos de la casa de los muertos*, un libro que había impresionado hasta al poco sensible Zar de Hierro, Nicolás I, a mediados del siglo XIX. En julio de 2007, en presencia de su inventor Mijaíl Kaláshnikov, se celebró el 60º aniversario del famoso fusil que lleva su nombre: en esa oportunidad, el presidente ruso declaró que esa arma era “el símbolo del genio creativo de nuestro pueblo”. Los ejércitos de todo el mundo y los traficantes seguramente apreciaron ese elogio, un lejano homenaje a la primera manufactura de armas rusa creada en los Urales por Pedro el Grande. En agosto de 2007, el mismo Putin relativizó las

páginas negras de la época soviética apuntando contra los Estados Unidos. Al acercarse el aniversario de los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, recordó: “Nosotros no hemos utilizado armas nucleares contra poblaciones civiles”. No se trataba de rehabilitar al tirano muerto en 1953, sino de encontrar en la herencia soviética una forma de legitimidad y continuidad. Esa era la más cercana.

Luego, el martes 30 de octubre, el presidente participó, por primera vez, en las ceremonias de homenaje a las víctimas de la represión estalinista. Acompañado por el patriarca Alexis II, que llevaba un ramo de rosas rojas, y celebró un oficio en la Catedral de los Nuevos Mártires consagrada en el anterior mes de mayo, Vladímir Putin se dirigió al cementerio de Butovo, al sur de Moscú. Allí habían enterrado los cuerpos de los veinte mil condenados por las purgas de 1937 y 1938. En su discurso, el jefe del Estado ruso declaró: “Debemos hacer todo lo posible para recordar esto, no solo por la memoria sino también por el desarrollo del país”. A este interés pedagógico, agregó que “esos condenados políticos no tenían miedo de expresar sus opiniones. Eran personas muy capaces. Eran el orgullo de la nación”. El 30 de octubre fue declarado Día de las Víctimas de la Represión Política.

No se puede ignorar el papel de la religión en el despertar de Rusia. Incluso Stalin había necesitado a los popes: en 1942, les pidió firmemente que excomulgaran a todos los que desertaran y no lucharan contra la ofensiva alemana, en la operación Barbarossa que determinó la ruptura del pacto germano-soviético de 1939. Mil años de cristianismo ortodoxo no se podían borrar con un decreto del sóviet supremo. Hubo, como en la Revolución francesa, sacerdotes “constitucionales” y sacerdotes “refractarios”. Una buena parte del clero colaboró con el comunismo; la otra fue martirizada, deportada, exterminada. La situación cambió cuando la madre de

Mijaíl Gorbachov le recordó que él había sido bautizado. El último presidente de la Unión Soviética dio la autorización para celebrar oficios en las iglesias del Kremlin, los primeros desde 1917, y anunció que la administración de esos fabulosos edificios (la Catedral de la Dormición, por ejemplo) estaría a cargo de la Iglesia de Rusia. Se produjo entonces el acontecimiento impensable: el retorno del *opio del pueblo*. Recordemos que incluso en el tiempo de los zares, los soberanos eran coronados en Moscú y no en San Petersburgo. Moscú nunca olvidó que había sido “la tercera Roma”. Aun destronada como capital política, Moscú siguió siendo la ciudad de lo sagrado. En la actualidad, todos los viernes, la guardia presidencial desfila frente a las iglesias del Kremlin y no por la Plaza Roja...

El 14 de enero de 2008, Vladímir Putin, una vez más acompañado por el patriarca Alexis II, inauguró un monasterio reconstruido en el norte de Rusia. Transformado en cuartel por el ejército soviético —una costumbre estalinista, a menudo con piscina y sala de cine—, el edificio blanco y rosa fue recuperado con fondos del Kremlin y del coloso Gazprom. Pero lo más sorprendente fue ver que Vladímir Putin, después de donar un grandioso ícono, se persignó y declaró: “Haremos todo por reparar lo que el Estado ha destruido, tanto en esta religión como en las otras” (La Chaîne Info, “Le Journal du monde” de Vincent Hervouët, 15 de enero de 2008).

Por supuesto, no todo es de color de rosa. Ni sencillo. Quedaron algunos vestigios que escaparon a toda revisión. En el otoño de 2007, poco tiempo antes del discreto 90° aniversario de la Revolución bolchevique (que reunió en Moscú a unos pocos simpatizantes, con banderas rojas), y mientras el Museo Lenin de París cerraba sus puertas ante la indiferencia general (Lenin vivió en un modesto apartamento del distrito XIV de París de 1909 a 1912), yo me encontraba, una vez más, en Ulan-Ude, una ciudad entre el lago

Baikal y Mongolia. En el centro de la Plaza de los Sóviets, se seguía viendo una gigantesca cabeza de Lenin, casi a ras del suelo, un bloque metálico frío, tan helado como el viento que levanta violentas tempestades sobre el Baikal. Era el cuarto año que veía ese vestigio espectacular que parece una obra de arte contemporáneo. La primera vez, me enteré de que, en su infancia, los adultos de hoy jugaban en el interior del inmenso cráneo del organizador de la insurrección de octubre de 1917. Me explicaron que los niños podían deslizarse como en un tobogán (!) porque “la cabeza de Lenin estaba vacía”. ¿Una revelación? No para todo el mundo. En ese otoño de 2007, pregunté por qué conservaban allí ese siniestro recuerdo del inventor de los campos de concentración en Europa. “Porque forma parte de nuestra historia y no podemos borrar todo”.

Seguramente fue por eso que Georges Frêche, presidente de la Región Languedoc-Roussillon, acostumbrado a la provocación y a las bromas de mal gusto, anunció, el 15 de enero de 2008, su intención de comprar una gigantesca estatua de Lenin hallada en la costa oeste de los Estados Unidos, que pesaba siete toneladas, por un precio de 250.000 dólares, sin incluir el costo del transporte... ¿Qué razones tenía para hacerlo? “¡Cambió la vida de millones de personas!”. Eso es innegable. Hoy, bajo los muros del Kremlin, el sueño de Lenin ya no es turbado por los doscientos veinte pasos que solía hacer cada hora la guardia (dos soldados y un suboficial), en un rito muy impresionante y una progresión impecable. Ahora tiene pocos visitantes... *Good night, Lenin...*

En Rusia, la espectacular novedad en la obsesión oficial de reconciliar a los ciudadanos con su pasado se remonta a 1998, cuando se inhumaron los restos identificados de la familia imperial en la Catedral de San Pedro y San Pablo de San Petersburgo, en presencia del presidente Boris Yeltsin. Para entrar allí con su esposa, este

esperó que el cañón de la fortaleza disparara sus balas de fogeo, al mediodía, como todos los días desde Pedro el Grande, para indicar la hora exacta. Desde aquella ceremonia, a la que asistí, en compañía de Hélène Carrère d'Encausse –una ceremonia inolvidable para quienes la vivieron, altamente simbólica y al mismo tiempo de una admirable valentía política–, la memoria ya no se avergüenza. Desde ese día, los zares, su familia y sus partidarios, también pudieron volver a entrar en la historia oficial rusa. Los Romanov ya no son sistemáticamente deshonrados, reprobados, odiados. Al contrario, incluso tratan de comprenderlos, de saber más sobre ellos. Como mínimo, tienen derecho al respeto y a la dignidad. Ahora se reconoce que la familia de Nicolás II también había sufrido. Los mártires ya no están en un solo lado. Y su recuerdo es considerado como una segunda forma de legitimidad, el regreso a la vieja cuna de la santa y eterna Rusia. La clave de esta danza ideológica está en el patriotismo: un valor ruso esencial desde siempre. Basta releer *Guerra y paz* para medir la importancia de la *tierra rusa*. Y para una parte de la opinión pública rusa, Stalin defendió esa inmensidad, como lo hizo Alejandro I frente a la invasión napoleónica. No es casual que todavía hoy se use la misma expresión de *guerra patriótica* para recordar tanto los sufrimientos de 1812 como los de 1941-1945. Frente al peligro, los rusos y los soviéticos tuvieron la misma actitud. Con correspondencias. La Orden de Alejandro Nevski, que toma el nombre del ilustre guerrero del siglo XIII canonizado, creada por Pedro el Grande en 1722, se convirtió, durante el gobierno de Stalin, en 1942, en una orden militar soviética del mismo nombre para estimular el valor durante los terribles combates de la guerra. Una distinción del genio ruso recuperado por la resistencia soviética.

Se impuso una verdad: la Unión Soviética era un sistema y Rusia sigue siendo una civilización. Desde hace varios años, los

embajadores de Rusia compran, cuando pueden, los recuerdos de la vieja Rusia que se venden en los remates. El pasado imperial, que oficialmente no le interesaba a nadie, se convirtió en un valor. En la actualidad, unos y otros se esfuerzan por cerrar el doloroso paréntesis del horror que se abrió en 1917 con la terrible guerra civil y las atrocidades que siguieron. Se puede comparar esta inteligente actitud con la de Luis Felipe, el rey de los franceses, después de 1830. En el Palacio de Versalles, creó el Museo de la Historia de Francia, para honrar a “todas las glorias de Francia”. La Rusia de hoy también recuerda a todas sus glorias, en particular a las que fueron borradas por la ideología marxista. En 1933, el gran autor dramático Jacques Deval estrenó una de sus obras más famosas, *Tovarich (Camarada)*, que muestra a unos aristócratas exiliados frente a un comisario político. Diálogo entre dos mundos, dos enemigos. El comisario soviético Gorochenko le dice al gran duque, ex ayuda de campo del zar: “Usted es la Rusia de ayer. Yo soy la Rusia de hoy. Pero ni usted ni yo podemos decir qué será la Rusia de mañana...”. ¡En 1933!

El miércoles 1º de octubre de 2008, al cabo de un proceso iniciado en 1995, la Corte Suprema de Rusia juzgó, definitivamente, que las represiones y la ejecución de la familia imperial en la noche del 17 de julio de 1918 habían sido “infundadas e injustificadas”, que los prisioneros habían sido víctimas del terror bolchevique, por orden de Lenin. El zar Nicolás II, su esposa y sus cinco hijos, salvajemente asesinados, y sin siquiera un simulacro de juicio, fueron rehabilitados. Ochenta años después de esa masacre, los Romanov recuperaron su honor.

Este libro se propone relatar ese pasado perdido, pero que se ha ido encontrando poco a poco, hasta las investigaciones más

recientes, que sorprenden a muchos rusos. Uno de mis corresponsales hizo esta edificante y amarga observación: “Nosotros no sabíamos todo eso. Y no sabíamos que ustedes lo sabían...”.





Esperando a Pedro el Grande

Cuando se habla de la Rusia imperial, y al designar a sus soberanos, solo se menciona, en general, el nombre de los Romanov. Pero antes de la llegada al poder de este ilustre linaje, es decir, antes de 1613, se impuso otra dinastía, incluso por medio de la violencia, para controlar ese inmenso territorio. Antes de los Romanov, durante casi siete siglos, Rusia forjó algunas de sus bases, como la religión ortodoxa, el alfabeto cirílico, el papel preeminente de algunas mujeres y la importancia de acontecimientos extraños o sobrenaturales.

Rusia es, ante todo, un desafío al espacio. Si, como decía Napoleón, “en la historia, manda la geografía”, Rusia es un perfecto ejemplo de ello. Debemos representarnos una llanura sin fin, separada por los montes Urales, a menos de dos mil kilómetros de Moscú. La conquista de esos espacios y el amor por la tierra natal serían una forma de libertad y el punto de anclaje de un futuro patriotismo. Una civilización y además, frío y bosque, ya que los bosques cubren las dos terceras partes del territorio. Para tener una idea de las distancias en Rusia, hay que saber que es casi cuarenta veces más grande que Francia, y solo Siberia es veinticinco veces más grande. La mayor parte se halla más cerca del círculo polar ártico que del ecuador. Desde aquellos lejanos tiempos, se encuentra allí lo que los geógrafos llamarían “antirrecursos”, es decir, un acceso difícil a los mares, distancias enormes (¡nueve

husos horarios!), una distribución desproporcionada de la población: en la actualidad, el 46% de los habitantes se aglomeran en solo el 15% del país.

Mil años antes de la era cristiana, unos nómadas provenientes de Asia invadieron las estepas. Entre esos pueblos, los escitas, instalados en el norte del mar Negro, aportaron una civilización original. Las primeras tribus eslavas se instalaron entre dos grandes ríos: el Vístula y el Dniéper. Del siglo II al siglo VII de nuestra era, se sucedieron diversos invasores, hasta el mar Caspio: los godos, los hunos, los ávaros, los jázaros. Para resistir, los eslavos, que no formaban un Estado, recurrieron a los escandinavos. Estos eran mercaderes armados, en realidad, vikingos comerciantes, emparentados con los normandos que asolaban en esa época la Europa occidental. Los llamaban varegos, pero también *ruotsi*, una palabra finlandesa que designaba a las tribus que llegaban por el lago Ladoga, al sur del mar Báltico. Esos mercenarios comerciales garantizaban la relativa tranquilidad de un eje económico importante: el que unía el Báltico con Bizancio.

Por eso, Rusia sería “el país de los rusos”, el país de los ruotsi, y los eslavos constituyen la etnia dominante de la actual Federación de Rusia. Una crónica muy antigua relata la llegada, en 860, de un tal Riúrik a la tierra de los eslavos. Este príncipe varego, el mayor de tres hermanos, es un personaje semilegendario. No se sabe nada de sus orígenes ni de su gobierno. Solo se sabe que en 862 fundó el principado de Nóvgorod (“Nueva ciudad”), embrión del primer Estado ruso, cerca del lago Ladoga y de la actual San Petersburgo. Y el mismo Riúrik es el fundador de la primera dinastía que reinó en Rusia, los Rúrikovich. Poco antes de morir, en 879, Riúrik dejó a su joven hijo Igor a cargo de su compañero de armas Oleg, apodado el Sabio. Este se dirigió al sur, conquistó Kiev (actual

Ucrania) y proclamó a esta ciudad establecida sobre las dos orillas del Dniéper, capital de la Rusia unificada y “madre de todas las ciudades rusas” en el año 882. Se habló entonces de la Rusia kieviana, la Rusia más antigua...

Debemos recordar a dos personajes fundamentales de esa época: el príncipe Igor y su esposa Olga. Para los rusos y los extranjeros, *El príncipe Igor* es la primera epopeya musical rusa, escrita de 1869 a 1887 por Alexander Borodin, músico precoz pero principalmente médico, y sobre todo, químico. Esta obra maestra, de la que conocemos especialmente las cautivantes *Danzas polovtsianas*, relata, cuadro por cuadro, a través del texto y de la música, el destino de Igor, un príncipe que recaudaba impuestos para la grandeza de Kiev y fue asesinado en 945 por los drevlanes, que ya no soportaban su dominación.

El príncipe Igor dejó una viuda: Olga. Regente de Kiev desde 945 hasta 964, fue la única mujer en el trono de la antigua Rusia, pero se ganó su lugar en esta historia a menudo trágica. Recibió muchos apodos, todos ellos justificados por sus diversas actitudes. En primer lugar, Olga la Astuta. Porque después de la muerte de Igor, sus asesinos le exigieron que se casara con su príncipe, Mala, y con ese fin, enviaron una embajada a Kiev. Olga no dudó: fiel a la memoria de su marido, mandó ejecutar a los emisarios. Luego fue a visitar a los drevlanes para llorar a Igor con ellos. Durante un banquete, los embriagó y los hizo ejecutar... Su venganza no se detuvo allí: en 946, acompañada por su joven hijo, el príncipe Sviatoslav Ígorevich, persiguió a los drevlanes, incendió una de sus ciudades, masacró a una parte de los habitantes y entregó a los sobrevivientes como esclavos a los oficiales de su ejército. Los más afortunados, si se puede decir así, fueron castigados con pesados impuestos. Con el nombre de Kiev, la primera Rusia se extendió desde el Neva hasta

el mar Negro. Y se estableció el principio de una ley de sucesión en favor del mayor de los príncipes (jefes guerreros).

Luego, nos encontramos con Olga la Santa, pues fue la primera en adoptar la fe cristiana: ella introdujo en Rusia el cristianismo griego. Y también Olga la Sabia, porque “normalizó” las relaciones con las tribus conquistadas, reglamentó el pago de impuestos y gobernaba el país cuando su hijo estaba en campaña. Olga era una mujer fuerte y demostró que, prácticamente desde el principio, el ejercicio del poder en Rusia no fue una exclusividad masculina. Hay una pintura de ella en una bóveda de la Cámara Dorada de la Zarina, en el Kremlin. Fue la primera santa canonizada por la Iglesia ortodoxa.

Rusia se volvió mística con el nieto de Olga. Nacido en 980, Vladimiro, apodado Bello Sol, era “amplio de espíritu, estaba siempre atento a los consejos de sus soldados y le gustaba ir de parranda con ellos”. Sus festines se hicieron famosos y se convirtieron en canciones épicas. Vladimiro fue ante todo el autor de un acto cuyas consecuencias pueden verse aún hoy. En el año 988, fue bautizado en la religión ortodoxa: esa era la condición para poder casarse con la hermana de los emperadores de Oriente, Basilio II y Constantino VIII. Esta princesa bizantina era Ana Porfirogéneta. Vladimiro impuso lo que Olga había introducido: una fe oriental.

¿Cómo explicar la elección de esa religión proveniente de la antigua Bizancio? En esa época, muchos países del Norte rechazaban el paganismo. Los rusos se resistían al islam porque este prohibía el alcohol... ¡Antes, como ahora, un ruso que no bebiere, aun en forma moderada, no era un ruso! Del mismo modo, el judaísmo era rechazado porque se consideraba la fe de un pueblo vencido, errante, siempre en busca de la Tierra Prometida. Pero había un motivo más concreto para adoptar esa religión... En

efecto, Basilio II le había pedido ayuda a Vladimiro para reprimir algunas insurrecciones feudales. El gran príncipe de Kiev le envió seis mil mercenarios, y a cambio de ello, Ana Porfirogéneta se convirtió en su esposa. Tuvieron trece hijos.

Rusia eligió, pues, la religión de Constantinopla, el nuevo nombre de Bizancio, en el siglo v, tras la conversión del emperador Constantino. La elección del príncipe de Kiev no fue solo espiritual: se injertaba en una costumbre inmemorial de relaciones comerciales entre el Báltico y el Bósforo. En 1015, Vladimiro confirmó la opción ortodoxa para las comunidades que él federaba. Su religión personal sería la de su Estado. Él prefería que su país fuera el ala oriental de la cristiandad antes que la prolongación europea de civilizaciones no cristianas. Algunas pinturas del siglo xix representan *El bautismo de Rusia*: bajo las murallas de Kiev, la multitud se sumerge en el Dniéper y recibe la bendición de los popes. El príncipe adoptó rápidamente las ceremonias misteriosas del rito ortodoxo. El plano de las iglesias sería el de una cruz griega, como en Bizancio. Copiaron la basílica de Santa Sofía en Kiev, y es la más antigua de Rusia. Fue terminada en 1037: su cúpula central simboliza a Cristo y las doce cúpulas que la rodean, de menor envergadura, representan a los apóstoles.

Las consecuencias de la conversión a la ortodoxia fueron enormes, aunque se necesitó por lo menos un siglo para que la mayoría de los rusos la adoptaran, y algunas tribus eslavas solo se hicieron cristianas doscientos años después de esta decisión. Rusia no recibió su religión de Roma sino de la Iglesia de Oriente. Consecuencia negativa: Rusia no conoció la Edad Media europea ni la extraordinaria eclosión intelectual y artística del Renacimiento. Además, recibió el Siglo de las Luces mucho más tarde y en forma limitada. La Rusia imperial tuvo unos doscientos años de atraso con respecto

a Europa occidental, y fue Pedro el Grande quien se encargó de compensar ese déficit. Consecuencia positiva: esa elección religiosa fue la mejor posible en aquella época, porque esa fe era sencilla, cercana al pueblo, y sus ceremonias impresionaban a los fieles. Se establecieron algunos matices entre el rito griego y el rito ruso. En este, Cristo es barbudo y tiene una larga cabellera: este aspecto físico oficial serviría como único modelo para los hombres de Rusia... hasta Pedro el Grande.

Vladimiro, primer gran príncipe de Kiev, debe ser considerado como el fundador no solo de la Rusia ortodoxa, sino de un Estado estrechamente ligado a una religión, incluso por medio de la instrucción. Se le debe la creación de muchas escuelas adscritas a iglesias. Durante mil años, la ósmosis entre la política y la religión sería una verdad, una evidencia, aun cuando Pedro el Grande hizo tambalear algunas certezas y desterró algunos hábitos. Durante diez siglos, la religión definió la conciencia rusa y estuvo directamente vinculada al concepto de Estado hasta la Revolución. Entre las manifestaciones más admirables de la ortodoxia, están los íconos. Europa occidental no los descubrió hasta el siglo XIX –fascinaron, por ejemplo, a Théophile Gautier–, pero se remontan al siglo VI, cuando la Iglesia de Oriente aceptó y propagó la representación de la divinidad y de los santos. El primer arte ruso, el más espectacular, nació del arte de Bizancio. Dicho de otro modo: Rusia desplazó y prolongó el espíritu bizantino.

En esa época, pintar íconos era un rito, como la misa: lo hacían monjes cuidadosamente elegidos. Y los primeros íconos rusos, precisamente los de la escuela de Kiev, datan del siglo XI, es decir, de la época de Vladimiro. Existe, por ejemplo, una *Virgen de Vladimiro*. Luego apareció el iconostasio, una especie de mampara decorada con íconos de cuatro, cinco o seis pisos, erigida como

un muro sagrado, que separa la nave y los fieles del santuario en el que oficia el pope. El iconostasio alimenta el misterio. Como un dispositivo teatral –me atrevo a decir, una puesta en escena–, las puertas de plata recubierta de oro se abren y se cierran durante el oficio acompañadas por voces de bajo abismales, mientras los vapores de incienso y las innumerables velas contribuyen al recogimiento y la plegaria, y les otorgan vida a los relieves dorados.

Pero no cabía duda de que Vladimiro era el nieto de Olga: cuando hacía falta, podía ser cruel. Así fue como mandó matar a su hermano Yarolpolk. Un clima sombrío que prefiguró las tragedias de Shakespeare. Sus cualidades de conquistador fueron reconocidas cuando se apoderó de Galitzia (región de Cracovia, en la actual Polonia) y del Quersoneso Táurico (Crimea, en la actual Ucrania). Hay que añadir que creó una asistencia social organizada y aceleró la fusión entre los eslavos orientales y los varegos para fortalecer el nacimiento de la nación rusa. La importancia del príncipe aumentó cuando la Iglesia ortodoxa, de la que fue embajador, lo canonizó: Vladimiro I, llamado el Grande, murió en 1015 y se convirtió en san Vladimiro. El país que dejó fue calificado por primera vez como imperio, aunque su soberano aún no era un zar sino solamente el gran príncipe de Kiev.

La Rusia kieviana alcanzó su apogeo bajo el reinado de su hijo Yaroslav Vladímirovich, a quien llamarían el Sabio. En el comienzo, la sucesión fue dolorosa. Yaroslav empezó por vencer a su hermano Sviatopolk, luego se instaló en Kiev en 1019 y compartió el poder con su otro hermano Mstislav durante más de dieciséis años. Al morir este, en 1036, se convirtió en el único soberano del Estado ruso. Transformó a Kiev en un centro cultural, artístico y comercial, sede de un metropolitano (arzobispo). Entre sus monumentos más notables, el Monasterio de las Cuevas, el

más antiguo de Rusia, es conocido bajo el nombre de “lavra de Kiev”. Verdadero foco de civilización, el claustro es famoso por sus catacumbas. A mediados del siglo XI, la ciudad fue tan embellecida que llegó a estar a la altura de Constantinopla. Algunos viajeros deslumbrados consideraban incluso a Kiev la segunda capital del mundo europeo. En 1037, la Iglesia rusa fue adscrita al patriarcado de Constantinopla. Veinte años más tarde, los embajadores acreditados en Kiev decían que “el ruso tiene necesidad de creer”.

Y se introdujo en Rusia el alfabeto cirílico, inventado por dos misioneros bizantinos para el uso de los búlgaros convertidos.

Yaroslav merecería otro apodo. La historia le negó el de “europeo”, y es injusto, ya que fue el primer soberano ruso cuya influencia se extendió por todas partes. Dio el ejemplo casándose con Ingrid de Suecia. Sus tres hijos se casaron respectivamente con una princesa polaca, una princesa alemana y una princesa bizantina. Y sus hijas se unieron a los reyes de Noruega, de Hungría y de Francia. En este último caso, la princesa Ana de Kiev, de veintisiete años, se casó en 1051 con Enrique I, que tenía cuarenta y tres años y reinaba en Francia desde hacía veinte. El rey había quedado viudo siete años antes. Ese matrimonio con una princesa tan lejana, pero de una belleza proverbial, obedecía a una motivación. A Yaroslav, esa unión, como las de los hermanos y hermanas de Ana, debía permitirle instalar al Estado ruso en la escena política europea y acelerar sus progresos en materia de civilización. Su voluntad de apertura a Europa occidental anticipó la futura ambición de Pedro el Grande. Al casarse con la hija de un príncipe de Kiev, el monarca francés, hijo de Roberto el Piadoso, evitaba que el papado lo acusara de casarse con una de sus parientas, como ocurría con demasiada frecuencia.

En nueve años, Ana de Kiev y Enrique I tuvieron cuatro hijos, entre ellos, el futuro Felipe I, quien, por medio de diversas operaciones, aumentaría el dominio real con el Gatines, el Vexin francés y Berry. En 1060, la reina Ana de Kiev enviudó. Seguía siendo bella. Fue raptada por el conde de Crépy, Raúl III de Valois, que se casó con ella, olvidando... que ya estaba casado. Por eso, ambos fueron excomulgados. Finalmente, la irresistible Ana fue repudiada y volvió a Rusia, donde murió hacia 1075. Esta mujer de destino original y olvidado, madre de un rey de Francia y abuela de otro, selló con su sangre la primera alianza entre dos países separados por todo, incluyendo la distancia: la Francia en gestación y la Rusia de los orígenes.

A mediados del siglo XI, el Imperio de Kiev era uno de los más poderosos Estados de Europa, gracias a hábiles combinaciones diplomáticas. Yaroslav fue el primer legislador de los rusos en dictar el código de justicia del país. Su código civil y religioso estaba calcado de la ley romana que regía en Constantinopla. Sin embargo, su empeño por regular todo, especialmente al instaurar un derecho de sucesiones, resultó catastrófico. En 1054, su propia sucesión provocó en el país continuas luchas fratricidas: estas precipitaron la dislocación del Estado que apenas empezaba a consolidarse. Como en toda disputa de tal dimensión, del caos emergió una rama, la de los príncipes de Súzda. Uno de ellos, Yuri Dolgoruki, había fundado Moscú. El peligro no residía solamente en las luchas intestinas: además, se abatieron sobre Rusia invasores nómadas. Kiev fue saqueada en 1169 y en 1203, y devastada por los mongoles de Batú Kan en 1240. Además de los miles de víctimas, fueron destruidas inmensas extensiones de tierras cultivables. Hay que recordar que como consecuencia de esa invasión, sin precedentes por su violencia y

su magnitud, ya que en un cuarto de siglo Rusia cayó bajo el yugo mongol, el país quedó prácticamente aislado del resto de Europa, cuando –repiteámoslo– la civilización medieval acababa de entrar en su período más brillante. El centro de gravedad del Estado ruso, debilitado, se desplazó hacia el norte del país, especialmente hacia Nóvgorod y Súzdal.

Disgregada en una multitud de Estados vasallos, Rusia estaba dividida, y por lo tanto, era fácil de controlar. El noble más importante era el príncipe de Nóvgorod, conocido con el nombre de Alejandro Nevski, es decir, Alejandro del Neva, el río en el cual venció a los suecos en 1240. Esta hazaña, que se convirtió en un ejemplo heroico de la pintura histórica del Kremlin, fue tan mítica que, casi cinco siglos más tarde, Pedro el Grande se propuso firmemente derrotar a los suecos que controlaban el Báltico. De una dinastía a la otra, las consideraciones geopolíticas y los verdaderos adversarios fueron los mismos. En 1242, Alejandro Nevski acrecentó su prestigio aplastando a los poderosos caballeros teutónicos en la Batalla sobre el hielo, o Batalla del lago Peipus. Se olvida a menudo que este formidable guerrero –la arteria más importante de San Petersburgo lleva su nombre– fue también un hábil político: más de una vez, salvó con sus acciones a Rusia de nuevas invasiones tártaras, y cuando lo amenazaron con decapitarlo, no dudó en arrodillarse ante el kan e implorar su clemencia. Ya convertido en santo, Alejandro Nevski fue pintado, en el siglo xvii, en un fresco de la Catedral del Arcángel Miguel del Kremlin.

Su nieto, Iván I Danílovich, fue el tercer príncipe de Moscú, pero se lo considera a menudo como el fundador de Moscovia porque resistió durante cuarenta años a la amenaza de los mongoles y logró la prosperidad económica de la región. Por otra parte, su apodo, Kalita, es revelador: ¡en ruso, significa “escarcela”!

En 1453, los turcos se apoderaron de Constantinopla. Este importante hecho, que selló el final de la Edad Media, tuvo una consecuencia positiva para Moscú: la ciudad adquirió un carácter sagrado al convertirse en el centro mundial de la religión ortodoxa y su último bastión. ¡Moscú era “la tercera Roma”! Solo le faltaba ser una capital. El 12 de noviembre de 1480, los rusos derrotaron a los mongoles en el río Ugrá. El vencedor de la Horda de Oro, que luego se convirtió al islam y se retiró al este, fue el gran príncipe Iván III, que usó por primera vez el título de gran príncipe de Moscú y de todas las Rusias: el Estado de Moscú se convirtió en el Estado ruso al unirse con los principados de Tver, Kazán, Yaroslav y Nóvgorod. Iván III fue el primer soberano nacional de Rusia, ya que también logró eliminar a los comerciantes alemanes de la Liga Hanseática. En 1472, se casó en segundas nupcias con Sofía Paleóloga, sobrina del último emperador de Constantinopla. Su reinado fue largo (1462-1505), lo que le permitió consolidar las bases de su poder. A las armas de la dinastía y a las suyas, les agregó un elemento que sería de enorme importancia: un águila de dos cabezas que simbolizaba la unión del Imperio de Oriente y el Imperio de Occidente. Dos universos reunidos en un solo Estado: la Rusia moscovita. El águila rusa, que suele identificarse exclusivamente con la dinastía de los Romanov, ya existía alrededor de un siglo y medio antes que ellos. Aunque Rusia estuviera espiritualmente impregnada de Oriente, hay que destacar que, para construir los muros del Kremlin de Moscú, Iván III recurrió a italianos, primeros artistas extranjeros que aportaron sus talentos a la civilización rusa.

Su hijo, Iván IV el Terrible, fue mucho más famoso que él. Nacido en 1530, fue formado por el metropolitano de Moscú y coronado por ese prelado el 16 de enero de 1547. A los diecisiete años,

Iván IV estaba convencido de que su misión de soberano era divina y decidió reinar de una manera visible. Por primera vez, tomó el título de *zar*, contracción de César. ¿Una novedad? No: esa palabra también designaba a los emperadores bizantinos y a los kanes mongoles. Pero de este modo, Iván IV se consideraba el heredero de todas las autoridades que se habían ejercido sobre Rusia desde hacía siete siglos. Como unificador y hombre que gobernó solo, Iván IV fue un nuevo Luis XI y prefiguró el poder absoluto de Luis XIV.

Luchó contra los boyardos (nobles), redujo sus prebendas y creó un consejo privado. También formó una especie de asamblea popular (*zemski sobor*), publicó un código de leyes civiles y uno religioso, y creó un embrión de ejército regular (los *streltsy*). Tomó el control del Volga y abrió la ruta a Siberia, trató de imponer sus naves en el mar Báltico, pero debió enfrentar a los suecos, los lituanos y los polacos. Se necesitó una mediación del Papa para detener las hostilidades, en 1582.

¿De dónde proviene el apodo “Terrible”? De su carácter cruel y violento. Sus fracasos y las dificultades externas agravaron su acritud. Sospechaba de su entorno y veía traiciones por todas partes. Cada vez más desconfiado, ordenó la ejecución de miles de opositores, sobre todo entre la pequeña nobleza, aunque esta le era leal. En su descargo, recordemos que estaba en riesgo la existencia misma del Estado ruso. En 1571, los tártaros de Crimea atacaron y saquearon Moscú. Iván IV, que se casó siete veces, se ganó su triste apodo cuando, en noviembre de 1581, en un ataque de furia, mató con su bastón a su hijo mayor. Su segundo hijo, Fiódor, heredó el trono a los veintisiete años. Decían que era simple de espíritu e incapaz de reinar, y que estaba bajo la influencia de su esposa, Irina Godunova, y de su cuñado, un tal Boris Godunov... Fiódor I era un hombre generoso y de una fe profunda, que solía rezar por el

mejoramiento de la situación económica. Cuando murió en 1598, a los cuarenta y un años, se extinguió la primera dinastía reinante de Rusia, la de los Rúrikovich, ya que no tuvo hijos. Boris Godunov se proclamó zar. Fue elegido por unanimidad por el *zemski sobor*. Comenzó entonces un período agitado, el “Tiempo de las Dudas”, seguido por el famoso “Tiempo de los Disturbios”. Fue breve (quince años) pero movido.

El nuevo zar era un descendiente de nobles tártaros que habían servido a los príncipes de Moscú desde el siglo XIV. Inteligente, astuto e intrigante, era odiado por los boyardos; él, por su parte, quería debilitar su influencia. “En mi reino, anunció en 1598, al ser coronado, no habrá ni pobres ni ricos”. Y tomando el cuello de su camisa ricamente bordada, agregó: “¡Aunque sea la última, la compartiré con mi pueblo!”. Tuvo algunos éxitos: la instauración del patriarcado de Moscú le aseguró el apoyo de la Iglesia, construyó ciudades a lo largo del Volga y edificios grandiosos en Moscú, venció a los suecos. Progresista e interesado en la prosperidad, fundó escuelas para las que reclutó maestros en Francia y Alemania. A cambio, envió a jóvenes nobles rusos a estudiar a esos mismos países. Para contener lo que podría llamarse una crisis social, sujetó a los campesinos a la tierra privándolos, durante varios años, de la posibilidad de cambiar de amos. Pero a pesar de sus esfuerzos, Boris Godunov no logró consolidar el Estado. Y sobre todo, su nombre está vinculado a muchas muertes misteriosas, a partir de 1604: se sospecha que eliminó al hijo menor de Iván el Terrible, Dimitri, un medio hermano de Fiódor.

El 13 de abril de 1605, el zar Boris murió en forma repentina. Algunos hechos graves perturbaban la vida rusa, en particular, malas cosechas, hambruna, epidemias y motines. Muchos rusos creían que esas calamidades eran un castigo infligido a

los que habían permitido que un usurpador subiera al trono de Rusia. Estaban absolutamente convencidos de ello, sobre todo porque interpretaron que el cometa observado en el cielo ruso en 1604 era un signo de desgracias..., todas ellas atribuibles a Boris Godunov. A fines de mayo, es decir, un mes y medio después de la proclamación de su hijo Fiódor II, la agitación se apoderó de Moscú. Fiódor II, de solo dieciséis años, fue asesinado a modo de expiación, y los moscovitas le abrieron las puertas del Kremlin a un hombre que estaba al mando de un inmenso ejército. El desconocido aseguraba ser el heredero legítimo del trono, el zarévich Dimitri, “salvado por milagro” de las maniobras criminales de Boris Godunov, que se había refugiado en Polonia. En realidad, era un monje que había dejado los hábitos, llamado Grigori Otrepiev, antiguo siervo de una familia de boyardos, los... Romanov. Había huido del monasterio Chúdov, de Moscú. Este falso Dimitri, pelirrojo y poco agraciado, era apoyado por los cosacos y una fracción no desdeñable de la aristocracia polaca y lituana. En total, miles de hombres, que le ofrecieron una entrada triunfal a Moscú.

Su reinado duró muy poco, apenas un año, por la intervención de dos mujeres. Por un lado, el falso Dimitri se había casado con una polaca orgullosa, Marina Mnishek: ella llevó a la corte a muchos aristócratas polacos y esto exasperó a los boyardos. Por otro lado, la madre del verdadero Dimitri, que en un primer momento había fingido reconocer al impostor, lo denunció ante los guardias del Kremlin. En la noche del 26 de mayo de 1606, Dimitri, que solo tenía veintinueve años, fue asesinado y reemplazado por un miembro de una eminente familia de boyardos: Vasili Shuiski.

Su apresurada entronización no hizo más que acelerar la inestabilidad del país. En cinco años, se produjeron innumerables

conflictos, en particular, una grave rebelión campesina. Luego, como en una ópera, se presentó otro supuesto nieto de Iván el Terrible, que reclamó la Corona, con el apoyo de importantes fuerzas armadas. Más tarde, en la frontera oeste, un nuevo efecto teatral con la aparición... ¡de un segundo zarévich! ¡Otro falso Dimitri se arrogó el título de zar! Y una vez más, la madre del fallecido príncipe... ¡lo reconoció! Rusia estaba en plena anarquía: un falso zar se oponía a otro falso zar. Los usurpadores aprovechaban la gran confusión dinástica que existía. Esta situación requiere dos comentarios. En primer lugar, es evidente que la ley de sucesión era confusa, y debía ser aclarada y codificada. En segundo lugar, el pueblo, insatisfecho y descontento, estaba dispuesto a dar crédito a todos los subterfugios y todas las manipulaciones entre presuntos milagros y la audacia de oportunistas que habían tomado la precaución de estar bien rodeados e intimidaban por la fuerza a los vacilantes o los incrédulos. Al no lograr apoderarse de Moscú, el nuevo falso Dimitri instaló su corte en el exilio en Túshino, una aldea cercana, que era también la sede de su patriarca, un tal Fiódor Romanov, antiguo rival de Boris Godunov, que lo había obligado a tomar los hábitos religiosos con el nombre de Filareto. Varias regiones le prestaron juramento al falso zar, hoy llamado “el bandido de Túshino”. Ese cisma político y religioso, que recuerda al del papado entre Roma y Aviñón pero con consecuencias a escala rusa, excitó la codicia de los países vecinos.

En Moscú, el clan Shuiski era apoyado por los suecos, mientras que el clan de Túshino tenía el apoyo de una coalición polaco-lituana y de una buena parte de la aristocracia moscovita. Vasili Shuiski no evitó el desastre. Los polacos actuaron abiertamente contra él y los suecos: fue derrocado en julio de 1610, y el Consejo de los Siete Boyardos aceptó la candidatura del hijo del rey de

Polonia Segismundo III, el príncipe Ladislao. Con una condición: que se convirtiera a la ortodoxia. El rey se negó a que su heredero renunciara al catolicismo, tan caro al corazón de los polacos.

La situación nunca había sido peor: se puede decir que en 1611, Rusia casi dejó de existir. Los suecos la invadieron y los polacos estaban en Moscú. Las exigencias del rey de Polonia provocaron una reacción unánime en su contra. Faltaba un jefe para organizar la rebelión y reunir, por fin, a los rusos desgarrados por sus disputas... bizantinas. Un patriarca encarcelado por los polacos, Hermógenes, que había tomado su nombre del filósofo griego, hizo oír su voz. Era un orador convincente y aglutinó al clero que se negaba a someterse al catolicismo polaco. Su consigna: liberar Moscú, y para lograrlo, organizar un ejército en las ciudades del nordeste. La primera expedición fracasó. La segunda fue dirigida por un enérgico patriota ruso de treinta y cuatro años, Dimitri Pozharski. Triunfaron: los soldados polacos fueron expulsados de Moscú en noviembre de 1612.

El 21 de febrero de 1613, el *zemski sobor* eligió un nuevo zar. Era un muchacho de dieciséis años, Miguel Romanov. ¿Por qué él? Porque su abuelo, el boyardo Nikita Romanov, era hermano de la primera esposa de Iván el Terrible, Anastasia Romanova. Por lo tanto, su pretensión al trono era legítima.

Este procedimiento de designación puso fin a la autoproclamación de falsos herederos. Sin Pozharski, es probable que los Romanov nunca hubieran llegado al poder. El primer zar Romanov fue, pues, un zar elegido. Sería el único. Y debemos señalar otro elemento: cuando lo eligieron, el joven Romanov no se encontraba en Moscú sino en Kostromá, en el monasterio Ipátiev, con su madre, una religiosa llamada Marfa. Detrás de los muros, donde se oraba, el adolescente no estaba al corriente de nada. Salió del monasterio

Ipátiev para ser coronado emperador. ¿Ipátiev? Ese era también el nombre de una casa de los Urales, en Ekaterimburgo, donde sería fusilado el último emperador Romanov, en 1918...

El 11 de julio de 1613, después de realizar una lenta procesión por el interior del Kremlin, el cortejo muy oriental, una verdadera procesión dorada, ingresó a la espléndida Catedral de la Dormición (o de la Asunción) erigida por un italiano bajo el reinado de Iván III, entre 1475 y 1479. Debajo de esa montaña de piedra blanca, el joven soberano fue coronado zar. Bajo sus cinco cúpulas doradas y frente al extraordinario ícono de la *Virgen de Vladímir*, Miguel Romanov continuó la tradición de los zares coronados en ese santuario. Se puso el sombrero cónico bordado en oro de Vladímir Monómaco, hijo del fundador de Moscú, gran príncipe de Kiev en el siglo XI y autor de una famosa *Instrucción* que trataba sobre las costumbres y la filosofía cristianas.

Elegido por unanimidad, Miguel Romanov o Miguel I usó su innegable legitimidad para poner fin a los desórdenes, fortalecer el poder del soberano y llevar a cabo una urgente tarea de pacificación, incluso de reconstitución, de la Rusia fragmentada. Consolidó el Estado, reprimió los abusos de los gobiernos locales y puso en orden las finanzas. Lo hizo con prudencia, y en 1640, se pudo paliar la crisis económica que minaba permanentemente a Rusia. Informado sobre las riquezas del suelo y del subsuelo, el emperador inauguró la explotación de los minerales y fundó las primeras manufacturas. También envió exploradores a Siberia, cuyos fabulosos tesoros ya se elogiaban, con la idea de una colonización. El zar apartó a los boyardos, pero aumentó el poder de los grandes propietarios rurales. Uno de los mayores éxitos del joven emperador fue que en Ucrania, algunos polacos se colocaran bajo la protección de Rusia, y por lo tanto, de la religión ortodoxa.

Miguel Romanov se casó dos veces. Su primera esposa, María Dolgoruki, emparentada con la familia de Alejandro Nevski, murió un año después de su boda. Con la segunda, Eudoxia Streshniova, tuvo diez hijos. Cuando falleció, el 13 de julio de 1645, a los cuarenta y nueve años, el primer Romanov emperador de Rusia dejó un país en buen estado, con la autoridad restaurada. Su prestigio europeo le permitió incluso recibir dignamente a los embajadores extranjeros.

Su hijo Alexis heredó el trono, exactamente a la misma edad que su padre (dieciséis años) y sin ningún entusiasmo particular. El zar Alexis I Mijáilovich merecería estar mejor ubicado en la historia: hablaba varios idiomas extranjeros, conocía a fondo la teología –hasta el punto de organizar un concilio en Moscú– y era muy versado en música religiosa. Fue el primer soberano en redactar personalmente sus *ucases* (decretos imperiales). Una de sus ocupaciones preferidas era la halconería, y escribió un tratado sobre el tema. Reclutó mercenarios extranjeros para el ejército e intentó, tímidamente, construir una marina para defender las rutas comerciales del mar Caspio. Las expediciones a Siberia fueron acompañadas por las primeras infraestructuras con el explorador Jabárov (que le daría su nombre a una ciudad sobre la futura línea del *Transiberiano*, Jabárovsk, fundada en 1858). La llegada de los conquistadores a las orillas del mar de Ojotsk, mar interior muy profundo en la costa este de Siberia, fue una hazaña, ya que, de noviembre a mayo, el hielo la volvía inaccesible. El avance ruso hacia el este fue un éxito.

En política exterior, el zar unió lo que él llamaba la “Pequeña Rusia”, que era, en realidad, Ucrania, con la “Gran Rusia”. De este modo, Rusia agrandó su territorio. En cambio, las operaciones en el mar Báltico no tuvieron un buen resultado. Una vez más, los

suecos rechazaron a los rusos. Una fatalidad y una sólida experiencia marítima le permitieron a Suecia controlar el Báltico.

El nuevo zar, bondadoso y abierto, se ganó el apodo de Alexis el Suave. Sin embargo, su largo reinado de treinta y un años no se caracterizó precisamente por ser suave (esto era algo bastante infrecuente en Rusia, por otra parte...), porque después de la revuelta de la sal (1648, el año de los tratados de Westfalia), se produjo la del pan (1650), y luego la de la moneda de cobre, que no inspiraba demasiada confianza... Además, el zar Alexis adoptó el *Sobórnoye ulozhéníye*, un nuevo código que legalizó la servidumbre en toda Rusia.

Como su padre, Alexis se casó dos veces. Con su primera esposa, María, tuvo... ¡trece hijos! Con la segunda, Natalia, solo tres. Cuando en la noche del 30 de enero de 1676, murió el segundo zar Romanov, a los cuarenta y siete años, decidieron inhumarlo, como a su padre, en la Catedral del Arcángel Miguel del Kremlin, donde ya descansaba Iván el Terrible. El ícono del siglo xv, atribuido al maestro Andréi Rubliov, es una joya, que muestra al santo patrono de los príncipes de Moscovia orgulloso, noble y vigilante. Los zares debían inclinarse ante esa obra maestra cuando eran coronados.

El trono de los Romanov le correspondió al hijo mayor de Alexis, Fiódor. Pero este era un joven enfermizo y su reinado fue breve: apenas seis años. Murió en mayo de 1682, sin haber tenido tiempo de dejar su impronta en la historia. Su hermano Iván, de dieciséis años, resultó ser igualmente frágil e incapaz, pero no se podían alterar las reglas de la sucesión: los hijos de la primera esposa debían reinar antes que los de la segunda. Desde la elección del primer Romanov, la ley dinástica excluyó a toda persona ajena de una pretensión a la Corona. Se creía que, de ese modo, se terminaría para

siempre el Tiempo de los Disturbios... Pero ¿qué hacer cuando el sucesor resultaba ser incapaz?

Consciente de la fragilidad física e intelectual del adolescente, la asamblea de los boyardos no aprobó a este heredero de poco fuste: le preocupaban las influencias a las que sería sometido y prefirió elegir al último hijo del difunto zar y su segunda esposa, Natalia Naryshkina, con quien se había casado el 22 de enero de 1671. Ese candidato se llamaba Pedro y había nacido en Moscú el 9 de junio de 1672. Tenía diez años, y por lo tanto, era menor de edad, pero estaba muy adelantado, mostraba una incansable curiosidad, era inteligente, y tenía un carácter fuerte y desbordante de vida. ¡Qué contraste con su medio hermano indolente y timorato! Los partidarios de Iván, furiosos, organizaron una revuelta para protestar contra la elección de Pedro. Había entonces dos zares: se reiniciaba la pesadilla, con un pueblo dividido, rehén de uno u otro clan. Oficialmente, el reinado de Pedro comenzó el 27 de abril de 1682. En mayo, los partidarios de Iván irrumpieron en el interior del Kremlin y mataron a muchos miembros de la familia de Natalia. Por medio del terror, impusieron a Iván V. ¿Moscú y Rusia volvían a caer en una guerra civil dinástica? No. Se decidió que los dos niños compartieran el reinado, bajo la regencia de la hermana mayor de Iván y media hermana de Pedro, hasta la mayoría de edad de ambos.

La primera batalla de ese hombre a quien los suyos llamaban ya Pedro I consistió en imponerse a su hermano y a su hermana, muy instruida, ambiciosa e intrigante. Ella había maquinado la revuelta: Pedro se enteró muy pronto y extrajo de ello valiosas lecciones. Físicamente, Pedro I era ya impresionante. Su gran altura era inhabitual: dominaba a los niños de su edad en todo sentido.

La historia lo llamaría Pedro el Grande.